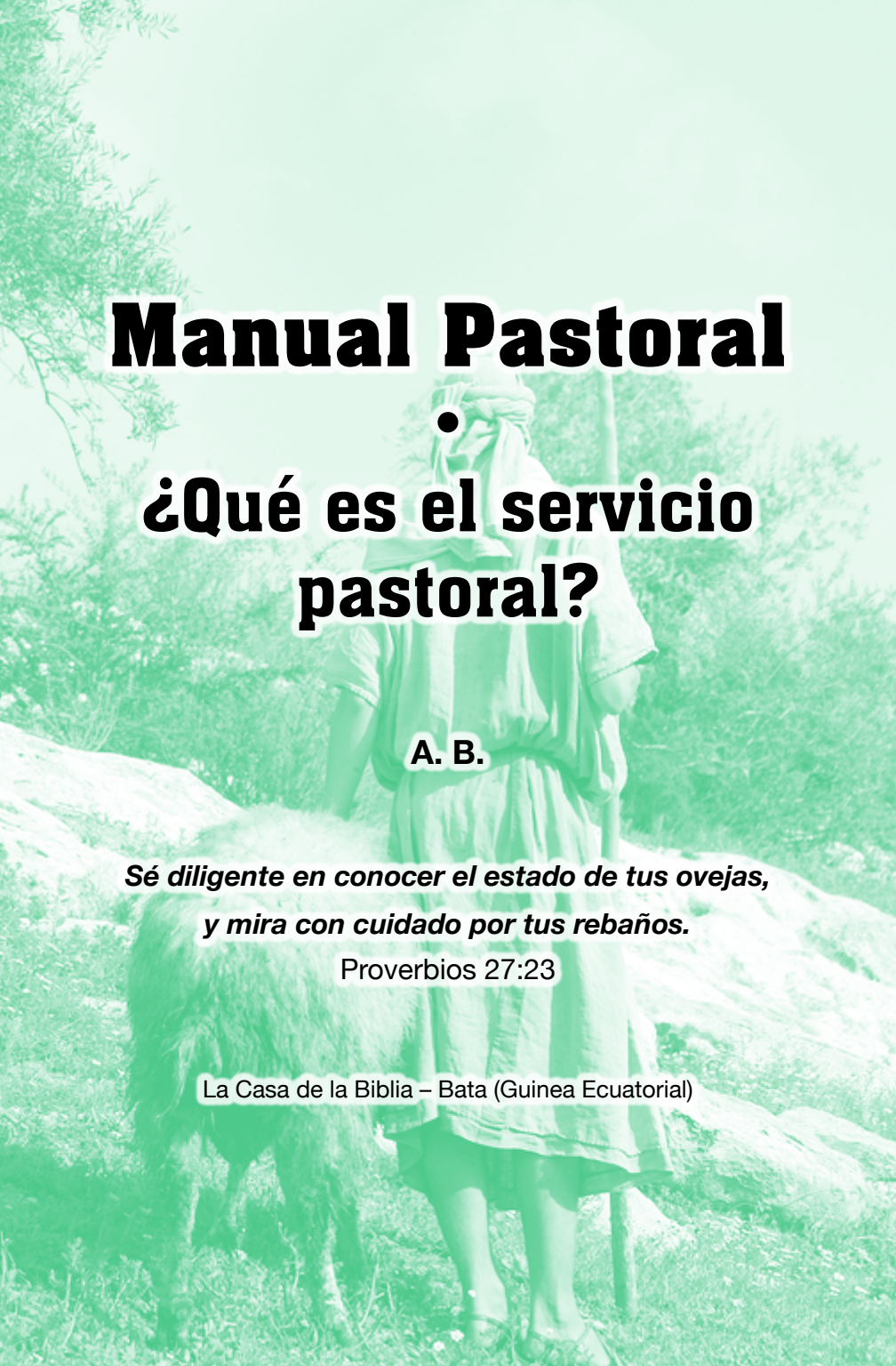


A woman wearing a headscarf and a long dress is herding a goat on a grassy hillside. She is holding a long staff. The background shows a clear blue sky and some trees.

Manual Pastoral

• ¿Qué es el servicio pastoral?

A. B.

***Sé diligente en conocer el estado de tus ovejas,
y mira con cuidado por tus rebaños.***

Proverbios 27:23

La Casa de la Biblia – Bata (Guinea Ecuatorial)

Índice

Introducción	3
El primer pastor de ovejas	4
Jesucristo, el gran Pastor.	5
El Señor es mi Pastor	6
Otros pastores	8
Jacob	8
Moisés.	10
David.	11
Pablo.	12
Conclusión	14
El asalariado ... que no es el pastor.	14
¿Quién es el que llama a uno a ser pastor?	17
¿Cuál es la función del pastor a quien Cristo llama?	21
¿Qué es el servicio pastoral?	22
La importancia de la oración en el servicio pastoral	25
No señorearse sobre los demás.	26
Resumen	29
Cuidarnos unos a otros	30
José.	31
Anexo	32

La Casa de la Biblia

Apdo. postal 607 • Bata, Litoral

Rep. de Guinea Ecuatorial

—o—

Grace & Truth • 210 Chestnut St. • Danville, IL 61832 USA

Primera edición en castellano, 2013: 3.000 ej.

© La Casa de la Biblia – Bata (Guinea Ecuatorial)

Autor: A. B.

ISBN 978-2-88208-238-1

Impreso en EEUU • Printed in USA

Introducción

Cuando Dios empieza una relación con un grupo de personas para llamarlo su pueblo, también se hace responsable de cuidarlo, tal como un pastor se ocupa de su rebaño.

Qué consuelo saber que Dios siempre ha tenido cuidado de sus ovejas y que está presto a proveerles lo necesario en la manera que él mismo considera mejor.

En este pequeño estudio veremos de qué manera Dios satisface las necesidades de los que son preciosos a su corazón. Asimismo consideraremos por medio de quién trabaja a favor de ellos.

Dios mismo ha encomendado a algunos de sus siervos la preciosa tarea de cuidar a los suyos. A éstos les ha dado el gran privilegio y también la responsabilidad de ser los instrumentos del Buen Pastor, es decir, del Señor Jesucristo. No es un trabajo para cualquiera. Tampoco es un servicio que uno decide hacer por sí mismo, sino que hay Alguien que encarga y a Quien se tiene que dar cuentas. No es para los cobardes, perezosos o los que estén buscando beneficio propio. Es una obra para los valientes, los que son llamados por Cristo mismo, los que tienen un corazón dispuesto a sufrir por el rebaño.

No obstante, aunque no todos seamos llamados a ser pastores, todos tenemos el privilegio y la responsabilidad de cuidarnos unos a otros.

Que el Señor bendiga esta pequeña reflexión para nuestra enseñanza, ayuda, dirección, y bendición; así como para el cuidado, crecimiento y beneficio de las ovejas del Señor, y más aún, para la gloria y honra de nuestro Salvador y Señor.



El primer pastor de ovejas

Cuando se considera un tema bíblico, siempre es bueno mirar dónde se encuentra éste por primera vez en la Biblia. En Génesis leemos:

“Y Abel fue pastor de ovejas ... y Abel trajo también de los primogénitos de sus ovejas, de lo más gordo de ellas. Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda” (Génesis 4:2, 4).

Recordemos que después de que Adán y Eva pecaron, fueron echados y excluidos del huerto. Después tuvieron sus dos primeros hijos: Caín y Abel. Caín fue labrador de la tierra y Abel pastor de ovejas.¹ ¿Qué hizo Abel con sus ovejas? ¡Escogió las mejores, las más gordas! ¿Para qué? ¡Para ofrecerlas a Dios!

¡Qué hermoso e instructivo es esto para los que hoy desean pastorear el rebaño de Dios! El primer pastor mencionado en la Biblia tuvo como propósito de su corazón cuidar a sus ovejas de manera que pudiera presentarlas a Dios como ofrenda. Y no una ofrenda cualquiera, sino una ofrenda especial, bien cuidada, fuerte, gorda, sana, agradable, sin mancha, sin defecto, algo que agradara a Dios. El propósito de Abel era presentar a Dios algo que le glorificara y honrara.²

¡Qué hermosa actitud y manera de ser como pastor! Abel no buscaba lo suyo, sino la honra y gloria de Dios.

¡Que esto sea un reto para cualquiera que tenga el privilegio y la responsabilidad de pastorear el rebaño de Dios! Que su propósito sea producir algo agradable, no para sí mismo, sino para llevar a Dios.

1. Es interesante notar que sólo después del diluvio Dios habló de que se podía comer carne. Parece que Abel no tenía estas ovejas para comer. Empezando con Abel notamos que la mayoría de los sacrificios ofrecidos a Dios durante muchos años eran ovejas y cabras.

2. Recordemos lo que hicieron los sacerdotes en el tiempo de Malaquías, ofreciendo en el altar del Señor animales cojos, ciegos y enfermos. Esto no agradó a Dios (Malaquías 1:8).

Jesucristo, el Gran Pastor

¡Esto fue justamente lo que hizo nuestro Señor Jesucristo!

“Jesús ... el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios” (Hebreos 12:2).

Lo que producía este gozo en Jesús era glorificar a Dios. Por supuesto, Jesús también tenía gozo al pensar en nuestra salvación, en el hecho de que Dios tendría muchos hijos en el cielo. Pero su deseo principal era dar la gloria a Dios, restaurar lo que Satanás había robado por medio del pecado. Este era su gozo. Él estaba dispuesto a sufrir las burlas, la envidia, el oprobio, la maldición de ser clavado en un madero, los abusos de los hombres, a cargar con nuestros pecados, incluso a ser hecho pecado, a sufrir el desamparo del Dios santo. Lo hizo para glorificar a Dios, pero también para tener ovejas de todas las naciones, linajes, pueblos y lenguas. Así el Buen Pastor sufrió todo esto hasta dar su vida por sus ovejas.

“El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mateo 20:28).

El Señor Jesús es nuestro ejemplo perfecto. Él mismo dijo:

“Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas” (Juan 10:11).

Él fue a buscar la oveja descarriada y perdida, y la buscó hasta encontrarla. Cuando la encontró, la puso en sus hombros gozoso (Lucas 15:4-5).

¡Bendito Señor y Salvador, nuestro Señor Jesucristo, nuestro Buen Pastor!

Él es el ejemplo y modelo por excelencia para los pastores encargados de esta buena obra hoy en día.

Pero él no solamente dio su vida por sus ovejas, a fin de que tengan vida eterna, sino que también las pastorea cada día. Las cuida y les da todo lo que necesitan mientras atraviesan este desierto.

El Señor es mi Pastor

El Salmo 23 nos enseña lo que es un verdadero pastor. Esta porción de la Escritura nos muestra lo que el Señor Jesucristo hace todos los días a favor de nosotros. Él es el modelo para los pastores, les enseña cómo deben servir, ministrar y pastorear las ovejas que ha puesto en sus manos.

“Jehová es mi pastor; nada me faltará” (Salmo 23:1).

Querido pastor, ¿sus ovejas pueden decir lo mismo acerca de la manera en que usted las cuida?

“En lugares de delicados pastos me hará descansar” (v. 2a).

¿Qué alimento está dando a las ovejas? Éstas no pueden descansar si no están satisfechas. ¿Les da cosas buenas, “la leche espiritual no adulterada”, como dice la Palabra de Dios en 1 Pedro 2:2? ¿O les da cosas que no las nutren espiritualmente, sus propias opiniones, la enseñanza de una denominación, lo que ellas mismas quieren, cosas que agradan a la congregación, para no perder miembros, en fin, cosas que no vienen de Dios?

“Junto a aguas de reposo me pastoreará” (v. 2b).

¿Está saciando la sed de las ovejas con agua pura, limpia y fresca? ¿O les está dando lo que no las sacia o que incluso les acarrea enfermedades?

¿Son tranquilas sus circunstancias personales, y es armonioso el trato de las ovejas entre sí, de manera que puedan descansar? ¿O hay luchas, fricciones y peleas entre ellas? Si hay problemas entre algunas ovejas, esto afecta a todo el rebaño.

“Confortará mi alma” (v. 3a).

¿Conforta a los que tienen dolores en su vida, en sus casas, en su matrimonio? ¿Conoce sus dificultades y preocupaciones? ¿Les dedica tiempo?

“Me guiará por sendas de justicia” (v. 3b).

¿Guía a las ovejas, siendo lo más justo posible, irreprochable, sin discriminar a nadie, dando buen ejemplo? ¿Conoce personalmente el camino para poder guiar a otros?

“Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento” (v. 4).

¿Está dispuesto a enfrentar el peligro por sus ovejas? ¿Tiene las herramientas adecuadas para protegerlas, corregirlas y guiarlas? ¿Sabe emplear las herramientas de una manera que no desanime ni haga daño a las ovejas?

“Aderezas mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores” (v. 5a).

¿Puede ofrecer un banquete espiritual a las ovejas que le han sido encomendadas, en este mundo que es su enemigo? ¿Tiene valor para dirigir las a Jesús en medio de los que lo menosprecian?

“Unges mi cabeza con aceite” (v. 5b).

A veces las ovejas están heridas o enfermas, por lo tanto es necesario aplicarles la medicina de una manera adecuada. ¿Conoce el estado y las necesidades de las ovejas?

“Mi copa está rebosando” (v. 5c).

¿Las ovejas pueden decir esto de su cuidado por ellas? ¿Sus copas de alabanza están rebosando por todo lo que Dios les ha provisto, incluso el cuidado por parte del pastor, en cuyas manos Dios las ha puesto?

“Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida, y en la casa de Jehová moraré por largos días” (v. 6).

Este es el testimonio de una oveja que se siente segura, feliz y cuidada, de una oveja que goza de los cuidados del Señor.

Asimismo para los que pretendemos pastorear el rebaño del Señor, las palabras de este versículo deben ser nuestra respuesta, cuando pensamos en nuestro Buen Pastor y los cuidados que nos brinda. Desgraciadamente muchas veces nos quejamos y estamos descontentos. ¡Pero ésta es culpa nuestra! Ahora bien, las ovejas que el Señor nos ha encomendado tampoco están siempre contentas y satisfechas. Entonces, como pastor, debo preguntarme: ¿Soy culpable de ello? ¿Estoy haciendo mi trabajo de la mejor manera? ¿Me esfuerzo con todo mi corazón y hago todo lo que está a mi alcance por el bienestar del rebaño? ¿Me

sacrifico a mí mismo en esta obra? ¿Lo hago con el propósito de que las ovejas estén sanas y robustas, no para mi beneficio personal, sino para la honra y gloria de Dios? ¿Soy como Abel?

Otros pastores

Si bien el Señor Jesús es nuestro modelo perfecto, también podemos aprender mucho de otros personajes bíblicos que fueron pastores. Observándolos podemos sacar buenas lecciones para ser un verdadero pastor. Pero también hay advertencias, porque igualmente existían pastores malos, y debemos aprender de sus errores para no seguir su mal ejemplo.

Veamos ahora a estos pastores:

Jacob

Considerando a Jacob en su vida de pastor, veremos que este trabajo no es para los cobardes, no es un trabajo fácil, no ofrece una vida cómoda; esta labor requiere una entrega incondicional, estar más dispuesto a dar que a recibir, estar pronto a sacrificarse. El pastor no puede esperar ser servido, sino todo lo contrario; debe servir y dar su vida por las ovejas.

“Estos veinte años he estado contigo; tus ovejas y tus cabras nunca abortaron, ni yo comí carnero de tus ovejas. Nunca te traje lo arrebatado por las fieras: yo pagaba el daño; lo hurtado así de día como de noche, a mí me lo cobrabas. De día me consumía el calor, y de noche la helada, y el sueño huía de mis ojos” (Génesis 31:38-40).

Estas son las palabras que Jacob habló a su suegro Labán acerca de la manera cómo cuidaba sus ovejas. Notemos su sufrimiento en el campo, bajo el sol ardiente o agobiado por el frío de la noche. Sin embargo no abandonó a las ovejas; estaba presente en todos los sufrimientos de ellas, padeciendo juntamente con ellas. Vigilaba constantemente, sin permitir que el sueño lo dominara, porque sabía que las ovejas estaban bajo su responsabilidad. Debía vigilar, proveer y proteger, porque si alguna de las ovejas sufría algún daño, él mismo tenía que dar cuentas y

pagarla. ¿Por qué? Porque las ovejas no eran suyas, sino de su señor, de su suegro. ¡Qué lección para los pastores hoy!

*“Obedeced a vuestros **pastores**, y sujetaos a ellos; porque **ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta**; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso” (Hebreos 13:17).*

Conocemos la responsabilidad que tienen las ovejas; ellas deben obedecer y sujetarse. Pero en este estudio queremos hacer énfasis en la responsabilidad del pastor. Éste debe velar por las almas de las ovejas que están bajo su cuidado. El pastor debe actuar teniendo en cuenta que cada oveja del rebaño es un tesoro que Dios le ha dado. ¿Qué hace uno con un tesoro? ¡Se esfuerza en cuidarlo con todo su corazón! Así el pastor debe considerar que las necesidades de las ovejas son suyas, que el estado de salud es su responsabilidad, la protección de las ovejas es su responsabilidad; es responsable de impedir que una oveja se descarríe, tiene la responsabilidad de alimentar a las ovejas. En el ejemplo que acabamos de ver, con Jacob en casa de Labán, Jacob, como pastor, era personalmente responsable por la vida y el bienestar de las ovejas. Él tenía que dar cuenta de todas ellas a Labán, el dueño del rebaño.

Del mismo modo, cada pastor del rebaño del Señor un día tendrá que dar cuentas a Dios por la manera cómo haya cuidado estas ovejas. Entonces recibirá su recompensa según lo que haya hecho.

Jacob tenía bastante experiencia en el cuidado de las ovejas, conocía sus necesidades, sus debilidades y limitaciones. Es muy importante que el pastor conozca a las ovejas y trate con cada una según el caso. Un día Jacob dijo a Esaú:

“Mi señor sabe que los niños son tiernos, y que tengo ovejas y vacas paridas; y si las fatigan, en un día morirán todas las ovejas. Pase ahora mi señor delante de su siervo, y yo me iré poco a poco al paso del ganado que va delante de mí, y al paso de los niños, hasta que llegue” (Génesis 33:13-14).

Jacob sabía que no podía forzar demasiado a sus ovejas, porque las mataría. Sabía cómo conducir las y guiarlas. Las mayores eran más fuertes que las pequeñas; no podía cansar demasiado a las

más débiles, pues era muy peligroso para ellas. Vemos también este principio en el Nuevo Testamento. En la primera epístola de Juan, capítulo 2, él se dirige a tres grupos de personas: los niños, los padres y los jóvenes. Habla a cada uno según su madurez. Esto es normal porque cada uno tiene su nivel. Un buen pastor siempre debe tenerlo en cuenta cuando se ocupa con el rebaño.

Sucede lo mismo en el rebaño de Dios. No todos son iguales. Unos necesitan leche, otros necesitan alimento sólido, y el pastor debe saber y administrar lo que cada uno necesita en su momento.

Estos ejemplos nos muestran que no es la oveja la que debe servir al pastor, sino lo contrario. El pastor es el que se da a sí mismo, el que se sacrifica, protege, provee, entrega todo, aun su vida, por las ovejas. Él no busca lo suyo propio, no busca ser el más grande, el más importante, porque las ovejas no son suyas, sino del Buen Pastor, Jesucristo, quien dio su vida por todos nosotros.

Moisés

“Se acordó de los días antiguos, de Moisés y de su pueblo, diciendo: ¿Dónde está el que les hizo subir del mar con el pastor de su rebaño? ¿Dónde el que puso en medio de él su santo espíritu; el que los guió por la diestra de Moisés con el brazo de su gloria?” (Isaías 63:11-12).

Recordemos que Moisés creció en el palacio de Faraón en Egipto, que allí recibió la mejor educación del mundo de la época. Pero Dios tenía un propósito especial con este hombre. Conforme al propósito de Dios, Moisés llegó al desierto y pasó cuarenta años cuidando las ovejas de su suegro. Durante este periodo Moisés estuvo en la escuela de Dios. Cuando terminó su preparación, Dios lo llamó para ser el pastor de Su pueblo.

¡Qué ejemplo tan especial era Moisés! Fue llamado el hombre más manso de todos los hombres. Esto a pesar de que el pueblo era rebelde y que muchas veces puso a prueba su paciencia. Hubo ocasiones en que, por la desobediencia del pueblo de Israel, Dios dijo que lo iba a destruir totalmente, pero Moisés intercedió y rogó a Dios que no lo hiciera; le pidió que más bien le quitara la vida a él, antes que la de su pueblo.

Aunque Moisés era un hombre muy importante, y tenía el privilegio, como ningún otro, de acercarse a Dios hasta su misma presencia, no buscó su propia gloria o beneficio. Siempre buscaba lo mejor para el pueblo de Dios, su rebaño.

David

Antes de ser rey de Israel, David cuidaba las ovejas de su padre. Era pastor. Fue el quien escribió el Salmo 23. Pudo hacerlo porque él mismo como pastor sabía lo que un buen pastor debe hacer. Pero también porque como oveja gozaba de los cuidados de su Buen Pastor, Dios.

Cuando David se ofreció para ir a pelear contra Goliat, convenció a Saúl con estas palabras:

“Tu siervo era pastor de las ovejas de su padre; y cuando venía un león, o un oso, y tomaba algún cordero de la manada, salía yo tras él, y lo hería, y lo libraba de su boca; y si se levantaba contra mí, yo le echaba mano de la quijada, y lo hería y lo mataba. Fuese león, fuese oso, tu siervo lo mataba” (1 Samuel 17:34-36).

Qué valentía la de David, un joven con una edad que oscilaba entre los 15 y los 20 años. ¡Estuvo dispuesto a dar su vida por sus ovejas! Cuando el león atacaba, él se enfrentaba y libraba a su preciosa oveja de la boca del león, o del oso. Éste es el carácter de un buen pastor.

En esto vemos a David como una figura del Señor Jesús, quien puso su vida para librarnos del poder de nuestro enemigo, Satanás, el león. Pero David en sí mismo no tenía fuerza para librar a sus ovejas, lo hizo con el poder de Dios. De igual manera hoy, sin el Señor, ni los pastores ni ninguno de nosotros podemos hacer nada.

Después, cuando David era rey, hizo un censo para saber cuántos soldados tenía. Entonces Dios se enojó y lo castigó matando a un gran número del pueblo.

“David dijo a Jehová, cuando vio al ángel que destruía al pueblo: Yo pequé, yo hice la maldad; ¿qué hicieron estas ovejas? Te ruego que tu mano se vuelva contra mí ...” (2 Samuel 24:17).

David cometió una falta y le dolió que por su pecado el pueblo estuviera sufriendo. No negó su propia responsabilidad, e incluso se puso entre sus ovejas y Dios, para protegerlas.

Fue también lo que hizo nuestro Señor Jesucristo en Getsemaní; se puso entre los discípulos y sus enemigos, para protegerlos. Aunque él no era culpable, aunque nunca hizo pecado, Jesús murió por nosotros. Recordemos lo que la Palabra dice de él en Isaías:

“Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros. Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca” (Isaías 53:5-7).

Pablo

El apóstol Pablo tuvo el privilegio de exponer las verdades acerca de la Iglesia. Antes del día de Pentecostés, la Iglesia no existía. Israel era el pueblo que Dios tenía en la tierra. A ellos les pertenecía todo el sistema de leyes y sacrificios, así como el templo. No obstante, cuando ellos rechazaron y crucificaron a su Mesías, Dios los puso aparte y empezó a relacionarse con un nuevo grupo de personas, la Iglesia. Pablo recibió la enseñanza acerca del funcionamiento de la Iglesia, con sus miembros, con los dones, y muchas cosas más. Él era un maestro y evangelista, pero también un pastor. Esto se ve claramente en ciertas expresiones de sus cartas o epístolas, dirigidas a las iglesias en varias ciudades. A los corintios escribió:

“Además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién enferma, y yo no enfermo? ¿A quién se le hace tropezar, y yo no me indigno?” (2 Corintios 11:28-29).

Si algún hermano o hermana tenía un problema, una dificultad, una debilidad, él lo sentía como si fuera suyo propio.

A los creyentes de Tesalónica les dijo que él los cuidaba como una madre tierna y diligente.

“Fuimos tiernos entre vosotros, como la nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos. Tan grande es nuestro afecto por vosotros, que hubiéramos querido entregaros no sólo el evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas; porque habéis llegado a sernos muy queridos. Porque os acordáis, hermanos, de nuestro trabajo y fatiga; cómo trabajando de noche y de día, para no ser gravosos a ninguno de vosotros, os predicamos el evangelio de Dios” (1 Tesalonicenses 2:7-9).

A los corintios él escribió como padre:

“No escribo esto para avergonzaros, sino para amonestaros como a hijos míos amados. Porque aunque tengáis diez mil ayos en Cristo, no tendréis muchos padres; pues en Cristo Jesús yo os engendré por medio del evangelio. Por tanto, os ruego que me imitéis” (1 Corintios 4:14-16).

“He aquí, por tercera vez estoy preparado para ir a vosotros; y no os seré gravoso, porque no busco lo vuestro, sino a vosotros, pues no deben atesorar los hijos para los padres, sino los padres para los hijos. Y yo con el mayor placer gastaré lo mío, y aun yo mismo me gastaré del todo por amor de vuestras almas, aunque amándoos más, sea amado menos” (2 Corintios 12:14-15).

Acerca de Timoteo, su hijo espiritual, Pablo dijo:

“Doy gracias a Dios, al cual sirvo desde mis mayores con limpia conciencia, de que sin cesar me acuerdo de ti en mis oraciones noche y día; deseando verte” (2 Timoteo 1:3-4).

Se nota el amor y la preocupación que Pablo, como pastor, tenía por su oveja Timoteo.

A los filipenses escribió:

“Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor; pero quedar en la carne es más necesario por causa de vosotros. Y confiado en esto, sé que quedaré, que aún permaneceré con todos vosotros, para vuestro provecho y gozo de la fe” (Filipenses 1:23-25).

“Aunque sea derramado en libación sobre el sacrificio y servicio de vuestra fe, me gozo y regocijo con todos vosotros” (Filipenses 2:17).

Vemos que Pablo estaba feliz de entregar todo, incluso su vida, por ellos.

Es muy evidente que Pablo era un siervo del Señor Jesús, que cuidaba a las ovejas con la misma actitud del Buen Pastor. Se entregó totalmente al servicio de ellas.

Conclusión

Pensando en estos preciosos ejemplos comprendemos que ser pastor es un servicio de gran abnegación y entrega a los que se pastorea. No es para hacerse grande o importante, sino todo lo contrario. La meta es formar ovejas muy agradables a Dios, incluso al precio de su propia vida.

El asalariado ... que no es el pastor

El Señor Jesús, hablando de sí mismo como el Buen Pastor que da su vida por sus ovejas, también hizo referencia al asalariado:

“Mas el asalariado, y que no es el pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo y deja las ovejas y huye, y el lobo arrebató las ovejas y las dispersa. Así que el asalariado huye, porque es asalariado, y no le importan las ovejas” (Juan 10:12-13). (Aquí el Señor Jesús habla de un lobo, que es mucho menos que un león o un oso.)

Como el asalariado cuida las ovejas sólo por dinero, éstas no le importan mucho, no está dispuesto a entregar su vida por ellas, de la manera en que lo hiciera el Buen Pastor.

Respecto a Israel, no todos los pastores eran buenos. En Ezequiel 34 vemos que Dios envía un mensaje a los pastores de Israel:

“Hijo de hombre, profetiza contra los pastores de Israel; profetiza, y di a los pastores: Así ha dicho Jehová el Señor: ¡Ay de los pastores de Israel, que se apacientan a sí mismos! ¿No

apacientan los pastores a los rebaños? Coméis la grosura, y os vestís de la lana; la engordada degolláis, mas no apacentáis a las ovejas. No fortalecisteis las débiles, ni curasteis la enferma; no vendasteis la perniquebrada, no volvisteis al redil la descarriada, ni buscasteis la perdida, sino que os habéis enseñoreado de ellas con dureza y con violencia. Y andan errantes por falta de pastor, y son presa de todas las fieras del campo, y se han dispersado. Anduvieron perdidas mis ovejas por todos los montes, y en todo collado alto; y en toda la faz de la tierra fueron esparcidas mis ovejas, y no hubo quien las buscasse, ni quien preguntase por ellas. Por tanto, pastores, oíd palabra de Jehová: Vivo yo, ha dicho Jehová el Señor, que por cuanto mi rebaño fue para ser robado, y mis ovejas fueron para ser presa de todas las fieras del campo, sin pastor; ni mis pastores buscaron mis ovejas, sino que los pastores se apacentaron a sí mismos, y no apacentaron mis ovejas; por tanto, oh pastores, oíd palabra de Jehová. Así ha dicho Jehová el Señor: He aquí, yo estoy contra los pastores; y demandaré mis ovejas de su mano, y les haré dejar de apacentar las ovejas; ni los pastores se apacentarán más a sí mismos, pues yo libraré mis ovejas de sus bocas, y no les serán más por comida. Porque así ha dicho Jehová el Señor: He aquí yo, yo mismo iré a buscar mis ovejas, y las reconoceré” (Ezequiel 34:2-11).³

Cuán terribles son estas acusaciones contra los pastores de Israel. Ellos abusaron de aquellos a quienes Dios había puesto bajo su cuidado, no se preocuparon por las ovejas. Sólo se interesaban en sí mismos, en engordarse, en enriquecerse a costa de sus ovejas. Pero Dios vio todo y les pidió cuentas. Los rechazó y ellos recibirán lo que merecen sus hechos (Lucas 23:41).

Desgraciadamente no quisieron reconocer su falta. Esta es la dificultad para nosotros hoy en día. Los que están robando a las ovejas, quienes se están enriqueciendo a costa de ellas, no se ven a sí mismos de esta manera. Sin embargo, es muy importante

3. Aunque aquí sólo transcribimos la primera parte de este capítulo, es aconsejable leer todo el capítulo, porque Dios sigue condenando a los pastores de Israel y dice lo que él mismo hará un día por su pueblo. También es muy interesante comparar este pasaje con el Salmo 23. El Señor Jesús, nuestro Buen Pastor, hace todo lo que los pastores de Israel no hacían.

que los pastores se pongan a la luz del Buen Pastor, a la luz de su Palabra, para juzgarse según su manera de pensar y obrar. Con gran tristeza Pablo dijo a los ancianos de Éfeso:

“Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre. Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos. Por tanto, velad ...” (Hechos 20:28-31).

Debemos recordar que:

“Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?” (Jeremías 17:9).

Así, muchas veces nos engañamos a nosotros mismos, para justificar lo que estamos haciendo.

“¡Ay de los pastores que destruyen y dispersan las ovejas de mi rebaño! dice Jehová. Por tanto, así ha dicho Jehová Dios de Israel a los pastores que apacientan mi pueblo: Vosotros dispersasteis mis ovejas, y las espantasteis, y no las habéis cuidado. He aquí que yo castigo la maldad de vuestras obras, dice Jehová. Y yo mismo recogeré el remanente de mis ovejas de todas las tierras adonde las eché, y las haré volver a sus moradas; y crecerán y se multiplicarán. Y pondré sobre ellas pastores que las apacienten; y no temerán más, ni se amedrentarán, ni serán menoscabadas, dice Jehová.”

“Aullad, pastores, y clamad; revolcaos en el polvo, mayores del rebaño; porque cumplidos son vuestros días para que seáis degollados y esparcidos, y caeréis como vaso precioso. Y se acabará la huida de los pastores, y el escape de los mayores del rebaño. ¡Voz de la gritería de los pastores, y aullido de los mayores del rebaño! porque Jehová asoló sus pastos” (Jeremías 23:1-4; 25:34-36).

Recordemos lo visto anteriormente: los pastores tendrán que dar cuenta a Dios por lo que hayan hecho en su servicio como pastores del rebaño del Señor Jesús (Hebreos 13:17). Es una responsabilidad muy grande y seria. Un día Dios juzgará y retribuirá,

conforme a sus hechos, a los que hayan trabajado bien, y a los que hayan trabajado mal.

¿Quién es el que llama a uno a ser pastor?

Aunque Moisés mismo no se sentía capaz, el llamamiento que recibió venía directamente de Dios:

*“Ven, por tanto, ahora, y **te enviaré** a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel. Entonces Moisés respondió a Dios: ¿Quién soy yo ...?” (Éxodo 3:10-11).*

Acerca de David leemos:

*“Ahora, pues, dirás así a mi siervo David: Así ha dicho Jehová de los ejércitos: **Yo te tomé** del redil, de detrás de las ovejas, para que fueses príncipe sobre mi pueblo, sobre Israel” (2 Samuel 7:8).*

Y en el Nuevo Testamento leemos acerca del llamamiento de Pedro:

*“Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos? Le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Él le dijo: **Apacienta mis corderos**. Volvió a decirle la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Le dijo: **Pastorea mis ovejas**. Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas? y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo. Jesús le dijo: **Apacienta mis ovejas**” (Juan 21:15-17).*

Incluso el gran apóstol Pablo no se asignó su propio oficio. Éste le fue dado por Dios mismo.

*“Había entonces en la iglesia que estaba en Antioquía, profetas y maestros: Bernabé, Simón el que se llamaba Níger, Lucio de Cirene, Manaén el que se había criado junto con Herodes el tetrarca, y Saulo. Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: **Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que (yo) los he llamado**” (Hechos 13:1-2).*

A su vez, Pablo, despidiéndose de los ancianos (obispos) de la iglesia de Éfeso, quienes compartían sus responsabilidades, les dijo que cuidaran el rebaño. Esta no era una función que ellos mismos se atribuían, sino que les fue dada, no por Pablo, sino por Dios el Espíritu Santo.

*“Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en **que el Espíritu Santo os ha puesto** por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre” (Hechos 20:28).*

Es muy importante para nosotros entender esto hoy en día, cuando de diversas maneras personas toman esta responsabilidad o la confieren a otras. Actualmente muchos son nombrados por una u otra congregación para ser pastores, pero en las Escrituras no se encuentra ninguna justificación para hacer esto. Tampoco se trata de elegir democráticamente, ni de convocar elecciones para que la mayoría decida. Esto no es bíblico. En ocasiones también sucede que cuando una persona ha pasado por un proceso de preparación, un curso o una escuela, es nombrado pastor. ¡Esto tampoco se encuentra en la Biblia! A veces uno se nombra pastor a sí mismo. Muchas veces oímos a uno expresarse así: «Yo soy pastor de tal iglesia», «mi iglesia», «tengo mi iglesia», como si él fuera el dueño o que la iglesia fuera suya. Pero sabemos que sólo hay una Iglesia y que esta Iglesia pertenece al Señor Jesús, y no a un «pastor» humano. Atribuirse esta posición es algo muy grave y debemos dejar esta actitud y práctica porque estamos robando al Señor sus derechos. Otras veces se nombra a una persona porque parece tener más conocimiento que los demás. Sin embargo, vimos que Moisés se consideraba a sí mismo como alguien que no era capaz de desempeñar este servicio, aunque fue elegido por Dios. Cuando Samuel fue enviado a ungir un nuevo rey para Israel, en lugar de Saúl, la familia olvidó totalmente a David. Sí, su hermano era muy hermoso, e incluso Samuel pensaba que ese era el elegido, pero Dios dijo: NO.

“Aconteció que cuando ellos vinieron, él vio a Eliab, y dijo: De cierto delante de Jehová está su ungido. Y Jehová respondió a Samuel: No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el

hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón” (1 Samuel 16:6-7).

No debemos pensar como el mundo. Tampoco debemos argumentar que así lo hemos hecho durante muchos años, que así lo hace nuestra denominación, o que así lo hacen todos. Debemos escudriñar lo que dice la Biblia para luego ponerlo en práctica. Cuando Moisés supo que no podía entrar en Canaán, pidió a Dios que no dejase a Israel sin pastor.

“Ponga Jehová, Dios de los espíritus de toda carne, un varón sobre la congregación, que salga delante de ellos y que entre delante de ellos, que los saque y los introduzca, para que la congregación de Jehová no sea como ovejas sin pastor. Y Jehová dijo a Moisés: Toma a Josué hijo de Nun, varón en el cual hay espíritu, y pondrás tu mano sobre él; y lo pondrás delante ... de toda la congregación; y le darás el cargo en presencia de ellos. Y pondrás de tu dignidad sobre él, para que toda la congregación de los hijos de Israel le obedezca ... por el dicho de él saldrán, y por el dicho de él entrarán, él y todos los hijos de Israel con él, y toda la congregación. Y Moisés hizo como Jehová le había mandado, pues tomó a Josué y lo puso delante ... de toda la congregación; y puso sobre él sus manos, y le dio el cargo, como Jehová había mandado por mano de Moisés” (Números 27:16-23).

Qué hermoso ver que Moisés pidió a Dios, y Dios mismo eligió a uno para ser pastor en lugar de Moisés.

Sabemos que el Señor Jesús es nuestro pastor, que dio su vida por sus ovejas. Y si ha hecho esto, ¡cuán importante es para él cuidarlas!

“Y salió Jesús y vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas que no tenían pastor; y comenzó a enseñarles muchas cosas” (Marcos 6:34).

Si el Señor se preocupó por la multitud, ¿cómo podríamos imaginar que no cuidase de los suyos? ¿Nos atreveríamos a pensar que él no proveerá pastores para sus ovejas? Es mejor dejarle a él la tarea de escoger a los pastores.

En Hebreos 13:20 el Señor Jesús es llamado el “gran pastor de las ovejas”, y en 1 Pedro 5:4 se le llama “Príncipe de los pastores”. Esto significa que el gran pastor está sobre todos. El Príncipe de los pastores se preocupa por sus ovejas más que cualquier otro. Él ha encomendado el cuidado de su rebaño a otros, pero está vigilando, observando cómo lo hacen.

En el Antiguo Testamento vemos que Dios era el Pastor de Israel, e Israel conoció así a Dios.

“Oh Pastor de Israel, escucha: Tú que pastoreas como a ovejas a José, que estás entre querubines, resplandece” (Salmo 80:1).

“He aquí que Jehová el Señor vendrá con poder, y su brazo señoreará; he aquí que su recompensa viene con él, y su paga delante de su rostro. Como pastor apacentará su rebaño; en su brazo llevará los corderos, y en su seno los llevará; pastoreará suavemente a las recién paridas” (Isaías 40:10-11).

Así como cuidó a Israel, Dios también cuidará de nosotros. No nos dejará sin aquellos que nos cuiden. Esto lo vemos en Efesios:

“Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo” (Efesios 4:11-12).

Una vez más se evidencia Quien ha dado, Quien ha escogido: es Cristo, la cabeza de Su cuerpo, que es la Iglesia.

“Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten; y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia” (Colosenses 1:17-18).

Jesucristo tiene todos los derechos sobre la Iglesia, porque es Su Iglesia. Él es quien se encarga de cuidarla, por eso él mismo llama y da pastores a Su Iglesia. Los pastores son responsables ante su Señor, pues él los ha llamado, nombrado y les ha encargado una misión muy especial. A Dios tendrán que dar cuenta.

Él dio varios dones: profetas, evangelistas, pastores y maestros. Observando esta lista (que no es completa, hay otros dones mencionados en Romanos 12 y 1 Corintios 12), podemos deducir que normalmente uno no tiene todos los dones, sino tal vez sólo uno.

¿Cuál es la función del pastor a quien Cristo llama?

¿Su papel es mandar y dirigir todo en la iglesia? ¿Delegar funciones, predicar siempre en la congregación? ¿Organizar el culto, las oraciones, los cánticos, los versículos y por ello recibir un salario? No, no es esto. La Palabra dice a través del apóstol Pedro que en el culto todos los creyentes son un sacerdocio santo y real, para ofrecer alabanzas a Dios:

“Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo ... Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:5, 9).

Es el privilegio y la responsabilidad de todo creyente ofrecer sacrificios espirituales a Dios durante el culto. Esto puede ser por medio de una oración de alabanza, la lectura de un versículo o por medio de un himno que se canta. Esto no está reservado a una sola persona o a un grupo de personas, sino que es la responsabilidad de cada creyente.⁴

Además, Dios ha dado dones a cada miembro de su cuerpo. No tienen todos el mismo don, como tampoco tiene uno todos los dones. Entonces, cuando hay unas personas escogidas o nombradas por los hombres, las cuales predicán, dirigen, organizan y delegan, esto quita el señorío de Dios en su propia casa.

El derecho que el Señor tiene de usar a quién él quiere por medio del Espíritu Santo para alabar, predicar, orar, etc. es restringido por la organización humana, porque ésta reemplaza a Cristo como cabeza de su iglesia.

4. Lo expuesto aquí da el principio general sin entrar en detalles y sin mencionar las varias limitaciones que la Palabra menciona, como por ejemplo el estado espiritual de un creyente o los límites del servicio público de una mujer.

La función del pastor no es dirigir la iglesia o el culto, porque esta obra pertenece a Dios y sólo a él. Intentar usurpar esta posición es muy grave.

¿Qué es el servicio pastoral?

El pastor es alguien a quien el Señor ha llamado. En su sabiduría el Señor ha preparado y encomendado la tarea de cuidar a sus ovejas. Por lo tanto, al pastor no le incumbe realmente la misión de predicar (ésta es más bien la función de los que tienen el don de maestro o profeta), aunque debe tener la capacidad para enseñar, pero no tanto desde el púlpito.

El pastor es alguien que busca a las ovejas, que siente sus debilidades y necesidades, incluso antes de que éstas lleguen a descarriarse, a fin de ayudarlas, animarlas y enseñarles. Muchas veces es un trabajo que se hace en privado, sin que nadie lo sepa, salvo la oveja misma. Su misión es traerlas o mantenerlas en el redil.

Un día Jesús, hablando a los fariseos, les preguntó:

“¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla?” (Lucas 15:4).

La oveja estaba perdida. Por sí misma no podía regresar al redil; el dueño, el pastor u otra persona debía ir a buscarla. Fue una tarea difícil, la cual hizo solo. Nadie supo lo que estaba sucediendo, hasta que hubo logrado el objetivo. Él buscó, buscó y buscó hasta encontrar a su oveja perdida. No se rindió, la buscó hasta hallarla y traerla nuevamente al redil. ¡Qué perseverancia!

Después la examinó a fin de ver qué tratamiento era necesario para su completa restauración, para que estuviera sana nuevamente.

El pastor es alguien que da su vida por las ovejas. Mientras otros se desaniman, el pastor se esfuerza aún más para restaurar a la oveja perdida. No busca atención o una posición de importancia abierta y pública. (Sabemos que el pastor hizo su trabajo muy lejos en el campo, solo con su oveja). Él conoce la situación de los que están bajo su cuidado.

“Sé diligente en conocer el estado de tus ovejas, y mira con cuidado por tus rebaños” (Proverbios 27:23).

El pastor es alguien que vigila.

*“Dirás así a mi siervo David: Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Yo te tomé del redil, de **detrás de las ovejas**” (2 Samuel 7:8).*

La Palabra dice que David estaba detrás de las ovejas. Desde allí podía vigilarlas, ver si alguna se descarriaba, si alguna estaba herida, etc. Vigilando podía intervenir y ayudar según la necesidad.

El pastor está puesto, no precisamente para mandar, sino más bien **para guiar**.

“Las palabras de los sabios son como agujijones;⁵ y como clavos hincados son las de los maestros de las congregaciones, dadas por un Pastor” (Eclesiastés 12:11).

Aquí vemos el sentido de guiar con buenas palabras, con la Palabra de Dios. Es bueno recordar que cuando uno habla, su manera de vivir debe corresponder con lo que dice.

“Acordaos de vuestros pastores, que os hablaron la palabra de Dios; considerad cuál haya sido el resultado de su conducta, e imitad su fe” (Hebreos 13:7).

Guiar no es sólo hablar con buenas palabras, sino dar ejemplo yendo adelante, abriendo el camino, vigilando y quitando los peligros, como las malas hierbas y las serpientes venenosas. El pastor reconoce los peligros espirituales a los cuales las ovejas están expuestas, les advierte sobre ellos y las protege.

“Y cuando ha sacado fuera todas las propias, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. Mas al extraño no seguirán “ (Juan 10:4-5).

El pastor conforta y tiene compasión. El Señor Jesús nos muestra el ejemplo de cómo confortar un alma. En Juan 12:27 dice: “Ahora esta turbada mi alma ...” porque él sabía que poco tiempo después tendría que sufrir la cruz. Pero aun con esta carga en su corazón, sólo un momento más tarde, cuando estaba junto con sus discípulos en el aposento alto, ellos tristes y turbados de corazón

5. El agujijón era un palo con una punta afilada que se usaba para tocar el ganado a fin de dirigirlo.

porque entendían que su Señor iba a morir y dejarlos, él les dijo: “No se turbe vuestro corazón ...” (Juan 14:1). La carga que le oprimía, es decir, el motivo de la aflicción de su alma, superaba mucho el motivo de la turbación del corazón de sus discípulos. Sin embargo, en vez de preocuparse por sí mismo, él se preocupó por ellos.

“¿Qué hombre habrá de vosotros, que tenga una oveja, y si ésta cayere en un hoyo en día de reposo, no le eche mano, y la levante?” (Mateo 12:11).

Un buen pastor ayuda a levantar a la oveja que cae en el camino, y lo hace con una actitud de compasión y mansedumbre. Aplica un tratamiento espiritual cuando hay dolores y heridas.

Este es un trabajo o servicio muy personal e individual. No se hace desde el púlpito. El servicio de predicar o enseñar públicamente corresponde más al servicio de un maestro, no tanto del pastor.

“Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada: Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonestas, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey. Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria” (1 Pedro 5:1-4).

Pedro, quien recibió del Señor Jesús mismo la misión de cuidar el redil, enseña a otros cómo deben cumplir este servicio, y les recuerda que recibirán su recompensa del Señor.

Fíjense en las palabras de Pedro. Él dice que la grey es de Dios; los ancianos tenían que apacentarla cuidándola; no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonestas (es decir, no buscando su propio beneficio, sabiendo que Dios da recompensa a los que sirven con fidelidad); con ánimo pronto; no como quienes tuvieran derecho a mandar, sino siendo ellos mismos ejemplos. Quien medita en cada una de estas palabras saca mucha enseñanza sobre la conducta que debería caracterizar al que hace este trabajo de pastor.

La importancia de la oración en el servicio pastoral

Leyendo Deuteronomio 9:13-14, 18, 26 y 29 notamos una cualidad muy necesaria en un pastor.

“Y me habló Jehová, diciendo: He observado a ese pueblo, y he aquí que es pueblo duro de cerviz: Déjame que los destruya, y borre su nombre de debajo del cielo, y yo te pondré sobre una nación fuerte y mucha más numerosa que ellos ... Y me postraré delante de Jehová como antes, cuarenta días y cuarenta noches; no comí pan ni bebí agua, a causa de todo vuestro pecado que habíais cometido haciendo el mal ante los ojos de Jehová para enojarlo ...”

“Y oré á Jehová, diciendo: Oh Señor Jehová, no destruyas a tu pueblo y a tu heredad que has redimido con tu grandeza, que sacaste de Egipto con mano poderosa ... Y ellos son tu pueblo y tu heredad, que sacaste con tu gran poder y con tu brazo extendido.”

Cuando Israel hizo el becerro de oro y lo adoró, Moisés estaba en la cima de la montaña hablando con Dios. Dios le dijo que había visto la maldad de Israel y quería destruirlo; quería empezar de nuevo y poner a Moisés sobre un pueblo mejor que éste. Moisés se opuso e intercedió por Israel. Pidió a Dios que no destruyera a su pueblo, le recordó su relación con éste y lo que él había hecho por Israel sacándolo de Egipto con mano fuerte.

Moisés estuvo en la montaña cuarenta días postrado en la presencia de Dios, intercediendo por Israel. Allí, no estaba buscando algo para sí mismo, sino lo mejor para Israel, y para la gloria y honra de Dios.

En Juan 17 vemos al Señor Jesús intercediendo de manera general por todas sus ovejas. En Lucas 22 lo hace de manera particular por Pedro.

“Dijo también el Señor: Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte” (Lucas 22:31-32).

La oración es muy importante. La oración en privado, intercediendo por las ovejas es fundamental en el servicio pastoral, pero también lo es la oración **con** las ovejas. No son nuestros esfuerzos los que guardan el rebaño, sino Dios mismo. ¿Cuánto tiempo pasamos orando cada día?

No señorearse sobre los demás

En el Antiguo Testamento, en el libro de los Jueces, tenemos una historia llena de enseñanza para nosotros respecto a este tema. Dios, por medio de Gedeón, logró una gran victoria sobre sus enemigos. Entonces los israelitas querían hacerle rey.

“Mas Gedeón respondió: No seré señor sobre vosotros, ni mi hijo os señoreará: Jehová señoreará sobre vosotros” (Jueces 8:23).

“Y tuvo Gedeón setenta hijos que constituyeron su descendencia, porque tuvo muchas mujeres. También su concubina que estaba en Siquem le dio un hijo, y le puso por nombre Abimelec” (Jueces 8:30-31).

“Abimelec hijo de Jerobaal (es decir, Gedeón) fue a Siquem, a los hermanos de su madre, y habló con ellos, y con toda la familia de la casa del padre de su madre, diciendo: Yo os ruego que digáis en oídos de todos los de Siquem: ¿Qué os parece mejor, que os gobiernen setenta hombres, todos los hijos de Jerobaal, o que os gobierne un solo hombre? Acordaos que yo soy hueso vuestro, y carne vuestra. Y hablaron por él los hermanos de su madre en oídos de todos los de Siquem todas estas palabras; y el corazón de ellos se inclinó a favor de Abimelec, porque decían: Nuestro hermano es. Y le dieron setenta siclos de plata del templo de Baal-berit, con los cuales Abimelec alquiló hombres ociosos y vagabundos, que le siguieron. Y viniendo a la casa de su padre en Ofra, mató a sus hermanos los hijos de Jerobaal, setenta varones, sobre una misma piedra; pero quedó Jotam el hijo menor de Jerobaal, que se escondió. Entonces se juntaron todos los de Siquem con toda la casa de Milo, y fueron y eligieron a Abimelec por rey, cerca de la llanura del pilar que

estaba en Siquem. Cuando se lo dijeron a Jotam, fue y se puso en la cumbre del monte de Gerizim, y alzando su voz clamó y les dijo: Oídme, varones de Siquem, y así os oiga Dios. Fueron una vez los árboles a elegir rey sobre sí, y dijeron al olivo: Reina sobre nosotros. Mas el olivo respondió: ¿He de dejar mi aceite, con el cual en mí se honra a Dios y a los hombres, para ir a ser grande sobre los árboles? Y dijeron los árboles a la higuera: Anda tú, reina sobre nosotros. Y respondió la higuera: ¿He de dejar mi dulzura y mi buen fruto, para ir a ser grande sobre los árboles? Dijeron luego los árboles a la vid: Pues ven tú, reina sobre nosotros. Y la vid les respondió: ¿He de dejar mi mosto, que alegra a Dios y a los hombres, para ir a ser grande sobre los árboles? Dijeron entonces todos los árboles a la zarza: Anda tú, reina sobre nosotros. Y la zarza respondió a los árboles: Si en verdad me elegís por rey sobre vosotros, venid, abrigaos bajo mi sombra; y si no, salga fuego de la zarza y devore a los cedros del Líbano” (Jueces 9:1-15).

Fijémonos un poco en lo que dijeron los árboles a los cuales se les propuso ser rey sobre todos los árboles. El olivo respondió: “¿He de dejar mi aceite, con el cual en mí se honra a Dios y a los hombres, para ir a ser grande sobre los árboles?” Él escogió hacer el servicio que Dios le había dado, en vez de ser grande e importante ante los ojos de los demás. Quería agradar a Dios y a los hombres con su aceite. Recordemos que las lámparas del tabernáculo necesitaban el aceite del olivo; entonces vemos esto como un ejemplo de ser un testigo brillando para la honra de Dios en medio de una generación hundida en las tinieblas. El olivo no quería dejar la importante función que Dios le había dado, sólo para agradar a la multitud, sólo para ocupar un lugar encima de los demás.

Lo mismo hizo la higuera: “¿He de dejar mi dulzura y mi buen fruto, para ir a ser grande sobre los árboles?” Qué hermoso, los frutos de la higuera eran alimento y dulzura para los que estaban a su alrededor. Cierta día, cuando Jesús estaba en la tierra, tuvo hambre, y viendo una higuera, pensó que podría satisfacer su hambre con los frutos de este árbol, pero cuando llegó no halló nada. Quiera Dios que seamos como dulzura (en la Palabra muchas veces vemos casos en los cuales cuando alguien ofrecía

un holocausto, era un olor grato, «dulzura», para Dios. Que esto también sea un resultado de nuestro servicio para él), como alimento para Dios.

La respuesta de la vid fue igual: “¿He de dejar mi mosto, que alegra a Dios y a los hombres, para ir a ser grande sobre los árboles?” No quería ser grande para sí misma; deseaba dar gozo al corazón de Dios. Y si esto es una realidad, también dará gozo a los hombres.

Pero la zarza sí quería ser grande, aunque era la última que debía tomar una posición así, sin embargo fue la primera en tomarla.

“Y la zarza respondió a los árboles: Si en verdad me elegís por rey sobre vosotros, venid, abrigaos bajo mi sombra; y si no, salga fuego de la zarza y devore a los cedros del Líbano.”

Vemos la actitud de la zarza; la planta más baja quiso que todos los demás se abrigaran debajo de ella.

Los tres árboles querían servir a Dios produciendo el fruto determinado para ellos, trabajar para la honra de Dios y bendición de los hombres.

Hay una lección muy importante para nosotros en esta parábola. Vemos que los árboles entendían que Dios había dado un servicio especial a cada uno. Habían comprendido que su privilegio era hacer su servicio para Dios en la esfera que Él les había asignado. Por eso no estaban dispuestos a dejar lo de Dios para su propio engrandecimiento.

También hoy, Dios ha dado a cada uno de sus hijos un don, un servicio para él. Todos tienen un don, pero tal como había una higuera, una vid y un olivo, hoy también hay diversidad. Cada uno tiene su servicio especial. Aprendamos a discernir cuál es el don que Dios nos ha dado. Que nadie deje de hacer lo que Dios le ha encomendado. Que ninguno de nosotros usurpe el servicio que Dios ha dado a otro. Que ninguno tome el puesto que Dios no le ha dado o que no es de Dios.

Durante el tiempo de los apóstoles hubo un hombre que manifestó la misma actitud de la zarza. Según parece, él pensaba que era un pastor, pero su conducta probó lo contrario.

“Yo he escrito a la iglesia; pero Diótrefes, al cual le gusta tener el primer lugar entre ellos, no nos recibe” (3 Juan 1:9).

Es triste constatar que en la mayoría de las congregaciones hoy en día el concepto que se tiene de lo que es un pastor, no es lo que la Biblia enseña. Las prácticas que tienen no se pueden explicar tomando como base la Palabra de Dios. Si somos honestos y serios en nuestro andar con el Señor, con el deseo de congregarnos como él quiere, tenemos que dejar lo que no es conforme a su voluntad.

La gloria y la honra del Señor están en juego. Seguir con un pastor que toma la posición de cabeza, de dirigente, es quitar al Señor sus derechos, algo que no queremos hacer.

Gracias al Señor por los verdaderos pastores. Si no los tuviéramos, tendríamos grandes problemas. Dios ha llamado a pastores para hacer su trabajo, para la bendición de todo el cuerpo del Señor, de toda la Iglesia, no sólo para una pequeña porción de ella.

Los que son llamados tienen una responsabilidad ante Dios, quien los llamó, y un día darán cuentas por lo que hayan hecho, por la manera cómo hayan obrado.

Resumen

Por las explicaciones del Nuevo Testamento queda claro que con el don de **«pastor»** de hecho **no se trata de una persona**, sino más bien de **un don espiritual**, otorgado por Dios a uno de sus hijos, quien lo ejerce en el poder del Espíritu Santo. Su blanco es el beneficio, la edificación y el bienestar de los creyentes, para la gloria y la honra de Dios.

La Biblia **no enseña** la práctica tan frecuente hoy día, de que uno tome un puesto y se llame a sí mismo pastor de un grupo para ser su líder o su dirigente.

La Biblia **no enseña** que un ser humano deba tomar la dirección de una reunión de la iglesia, sea del culto de adoración, de la reunión de oración o de edificación (es decir, para la predicación de la Palabra de Dios).

Por el contrario, **la Biblia enseña** que atribuirse estas posiciones sería usurpar al Señor Jesús el derecho de dirigir a su Iglesia, en la manera que él sabe que es la mejor. Evidentemente, cometer tal acción constituye una ofensa muy grave.

La Biblia enseña que el don de pastor sí existe. El Señor Jesús, la cabeza de la Iglesia, y solamente él, es Aquel que escoge, encarga, prepara y provee lo necesario para el ejercicio de este don.

La Biblia enseña que la persona que ha recibido el don de pastor tiene que ejercer el servicio de pastorear en una abnegación total de sí mismo. No debe buscar ser servido, sino servir hasta entregar su vida por las ovejas del Señor, quien le encargó este servicio.

Cuidarnos unos a otros

No sólo los pastores deben cumplir el trabajo de pastoreo. Hemos visto que todos los ancianos de la iglesia tienen este servicio. Todos los que son espirituales tienen que ayudar para la restauración de un hermano que caiga.

“Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado” (Gálatas 6:1).

Por medio de la parábola del buen samaritano, el Señor nos enseña que debemos cuidarnos unos a otros.

“Y respondiendo Jesús, dijo: Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron; e hiriéndole, se fueron, dejándole medio muerto ... Pero un samaritano, que iba de camino, vino cerca de él, y viéndole, fue movido a misericordia; y acercándose, vendó sus heridas, echándole aceite y vino; y poniéndole en su cabalgadura, lo llevó al mesón, y cuidó de él ... Jesús le dijo: Ve, y haz tú lo mismo” (Lucas 10:30, 33-34, 37).

En Santiago 5:19 leemos:

“Hermanos, si alguno de entre vosotros se ha extraviado de la verdad, y alguno le hace volver ...”

Esto nos muestra que siempre debemos cuidarnos unos a otros, pastoreándonos.

José

Hay un pastor de quien no hemos hablado, porque es un hombre a quien normalmente no consideramos tanto como pastor. No obstante, leyendo su historia, vemos que lo era. Jacob tenía mucho ganado; sus hijos lo cuidaban, y José, como uno de ellos, también participaba en este servicio. Por varias razones había desavenencias entre José y sus hermanos; ellos lo aborrecían. Un día Jacob envió a José para que viera cómo se encontraban sus hermanos, quienes estaban cuidando las ovejas en Siquem, un lugar bastante lejos (aproximadamente 80 km) del valle de Hebrón, donde vivían (Génesis 37). A pesar de la distancia, y aunque sabía que sus hermanos lo aborrecían, José obedeció a su padre y fue. Quería cumplir la voluntad del que le había encargado este oficio. Su padre le había dicho: “Mira cómo están tus hermanos”, y por amor a su padre obedeció. Saliendo de Hebrón, llegó a Siquem, pero no los encontró allí. Sin embargo indagó dónde podría encontrarlos, hasta que alguien le informó que habían salido para Dotán, unos 25 km más lejos. Entonces José buscó a sus hermanos hasta encontrarlos, pues su padre se preocupaba por ellos.

Reflexionando en esta historia entendemos que es una figura del cuidado de Dios Padre por nosotros, y también del Señor Jesús, el Hijo amado de su Padre, quien vino para rescatarnos. Hay muchas cosas hermosas en esta historia de José que nos hablan del Señor Jesús: la relación entre él y su padre, su servicio, los que le aborrecieron, sus sufrimientos, pero también su gloria como gobernador y salvador del mundo, la restauración de su relación con sus hermanos, entre otras.

Qué ejemplo para todos nosotros, tanto para el que podría tener el don de pastor como para cada uno en particular. Tenemos que pensar en las necesidades de nuestros hermanos. Nuestro servicio debe ser motivado primeramente por el amor del Padre hacia

nosotros, y también por nuestro amor hacia él. Él nos dice: “Mira cómo están tus hermanos”; nosotros, como José, debemos tener una actitud de disponibilidad para obedecerle, haciendo sacrificios, sin pensar en la actitud de ellos hacia nosotros o en otras cosas negativas que podrían desviarnos de este servicio. José respondió a su padre: “Heme aquí”. Y nosotros, ¿qué responderemos?

El servicio pastoral es muy importante y necesario, cada uno tiene que hacerlo.

Tal vez usted, como Caín, pregunte:

– “¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?” (Génesis 4:9).

La respuesta es: ¡Sí, lo soy!

Bendito sea el Señor Jesucristo. Él ha dado el don de pastor a su iglesia para cuidar a los suyos con el fin de que haya creyentes sanos, cuyas vidas sean agradables a él, para su honra.

Si Jesucristo le ha dado el don de pastor, ponga en práctica este don, según la manera que él nos enseña en su Palabra.

Si Jesucristo no le ha dado el don de pastor por lo menos esfuércese en cumplir el servicio tan importante y necesario que consiste en cuidarse unos a otros. “Por lo cual, animaos unos a otros, y edificaos unos a otros” (1 Tesalonicenses 5:11).

Anexo

Las siguientes líneas son los pensamientos de un hermano que verdaderamente tiene el don de pastor dado por el Señor. Esto ha sido muy evidente en su servicio, al verle cuidando de una manera abnegada a las ovejas del Señor. Ahora es anciano y tiene las limitaciones propias de su edad. Escuchemos los sabios consejos que nos imparte.

“Jehová es mi pastor; nada me faltará” (Salmo 23:1).

“... No he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios” (Hechos 20:27).

“Por tanto mirad por vosotros y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto como obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre” (Hechos 20:28).

El precioso versículo mencionado primero es esencial. Para poder ser útil a los demás, primero debo descansar en la seguridad de que el Señor es mi posesión y que siempre satisface todas mis necesidades.

Luego, el segundo versículo nos enseña que, sobre esta base, es decir, al tener esta firme convicción, uno está en condiciones de recibir todo el consejo (pensamiento) de Dios.

En el tercer versículo está el encargo a los pastores. Empieza con una exhortación: "... Mirad (primero) por vosotros, y por todo el rebaño ..." Es importante observar que el Espíritu es quien hace a uno pastor, o designa a uno como obispo (o supervisor): "... Mirad ... por todo el rebaño en que **el Espíritu Santo** os ha puesto por obispos".

Leamos ahora 1 Pedro 5:1-4:

"Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada: Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonestas, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey. Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria."

El encargo dado en el versículo 2 es: "Apacentad la grey de Dios". Esto quiere decir: «Actuad como pastores para con la grey de Dios». Un hermano hizo una observación vital acerca de los pastores: «Ellos tienen que obrar en el carácter de un pastor, o, deben lucir este carácter al actuar». La exhortación que Pedro dirige aquí a los ancianos no es simplemente «hacer el oficio de un pastor», sino más bien adquirir el carácter de un pastor al desempeñar sus funciones. Tiene que ser caracterizado como tal: Actuad como pastores, o **sed** los pastores de la grey.

Vemos en el versículo 1, que el apóstol se dirige a "los ancianos". Los ancianos han adquirido madurez, sirviendo a Dios según la capacidad que él les da, es decir, conforme a las enseñanzas de 1 Corintios 12. Ser pastor constituye uno de los muchos dones

espirituales que Dios ha otorgado a su pueblo redimido (es decir, a sus «ovejas»). Dios sabe que estas ovejas necesitan supervisión, y en especial, ser alimentadas con un alimento rico, edificante y fortalecedor para que produzca en ellas cada vez más semejanza a Cristo. Este servicio que consiste en ofrecer un buen alimento a las ovejas, pastoreándolas, no debe ser desempeñado por fuerza, sino “voluntariamente ... con ánimo pronto” (v. 2). En el versículo 3, el apóstol advierte a los pastores para que, respecto al pueblo de Dios, no actúen conforme a la manera de los hombres. Más bien los exhorta a ser “ejemplos de la grey”.

Según mi parecer, lo expuesto en los versículos 1 a 4 de 1 Pedro 5, tiene como objetivo instruir a los hermanos más jóvenes (véase v. 5). En 1 Juan 2:13, se los describe como “jóvenes” (es decir, jóvenes varones) que han “vencido al maligno”. En el versículo 14, el apóstol Juan añade: “Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, y la Palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno”.

Instruir a los más jóvenes es una necesidad presente y continua. Los pastores deben ser entregados totalmente y sin reserva al servicio del Maestro, ¡el cual no vino para ser servido, sino para servir!

Hasta el versículo 4 de 1 Pedro 5, los ancianos son exhortados a apacentar la grey de Dios, “cuidando de ella ... voluntariamente ... con ánimo pronto... siendo ejemplos de la grey”. Pero en el versículo 5 viene un mandamiento para los jóvenes: “Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad ...” Estos cinco versículos constituyen la preparación de un vaso llamado por Dios para estar con el rebaño, tal como David de antaño. Contienen instrucciones para el bienestar de las almas.

Consideremos ahora un versículo del Antiguo Testamento:

“Como pastor apacentará su rebaño; en su brazo llevará los corderos, y en su seno los llevará; pastoreará suavemente a las recién paridas” (Isaías 40:11).

Este pasaje no sólo describe de manera práctica el comportamiento de un verdadero pastor, sino que también se

refiere al amor y los cuidados de Dios para con su pueblo Israel. Para nosotros, los cristianos, se aplica a nuestras familias, hogares y a las asambleas. Dios mismo nos revela Su modo de actuar.

También quiero mencionar a Abel. Él era un pastor, cuyo rebaño era agradable a Dios. En Génesis 4 leemos que Abel ofreció a Dios una oveja de su rebaño y que Dios miró con agrado a Abel y a su ofrenda, la primera de todas las ofrendas. Su conducta nos muestra que Abel había caminado con Dios, como lo haría posteriormente Enoc, de quien leemos dos veces en Génesis 5 que caminó “con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios” (Génesis 5:22, 24).



Dios mismo ha encomendado a algunos de sus siervos la preciosa tarea de cuidar a los suyos. A éstos les ha dado el gran privilegio y también la responsabilidad de ser los instrumentos del Buen Pastor, es decir, del Señor Jesucristo. No es un trabajo para cualquiera. Tampoco es un servicio que uno decide hacer por sí mismo, sino que hay Alguien que encarga y a Quien se tiene que dar cuentas. No es para los cobardes, perezosos o los que estén buscando beneficio propio. Es una obra para los valientes, los que son llamados por Cristo mismo, los que tienen un corazón dispuesto a sufrir por el rebaño.

No piense que este manual sea para otra persona. ¡Es para usted!

Leyendo este libro va a entender que la Biblia enseña que cada creyente tiene el privilegio y la responsabilidad de cuidar y ayudar a su hermano en la fe, en su andar con el Señor, para la gloria de él.

***Sé diligente en conocer el estado de tus ovejas,
y mira con cuidado por tus rebaños.***

Proverbios 27:23



La Casa de la Biblia

Apdo. postal 607 • Bata, Litoral
Rep. de Guinea Ecuatorial

—o—

Grace & Truth • 210 Chestnut St. • Danville, IL 61832 USA

Primera edición en castellano, 2013: 3.000 ej.
© La Casa de la Biblia – Bata (Guinea Ecuatorial)
Autor: A. B.

ISBN 978-2-88208-238-1